

toria precision lo que distinguia á Filemon de Menandro. Parécenos empero que Filemon es algo mas rudo, ó si se quiere, algo menos humano y simpático. Su moral se inclina mas á la escuela de Zenon que á la de Epicuro. Su estilo es mas entonado, y tambien menos desaliñado y gracioso que el de Menandro, en lo cual estriba la diferencia entre uno y otro. Dícenos Quintiliano que muchos contemporáneos consideraban á Filemon superior á Menandro. Serian sin duda los hombres de gusto severísimo, los filósofos, los que habian asistido á la Academia ó al Liceo, y particularmente los que habian oido en el Pórtico la elocuente voz del gran Zenon. Hé aquí una definicion del hombre justo, la cual hubiera alabado el mismo Platon, y en la que respira cierto hábito de las doctrinas morales de la *República* y del *Górgias*.

«El hombre justo no es el que no comete injusticias, sino el que pudiendo cometerlas, no lo quiere: no es el que se ha abstenido de robar cosas de poco valor, sino el que ha tenido valor para no robarlas preciosas, pudiendo apropiárselas y poseerlas sin temor al castigo; no es el que se limita á observar los preceptos vulgares, sino aquel que abriga un corazon puro y sin doblez, y quiere ser justo y no parecerlo.»

Hasta en los pasajes donde Filemon se duele de las miserias humanas, se ve á un censor apenado, si no irritado de nuestras flaquezas, y no al amable consolador que fortalece el ánimo abatido de Trófimo: «Si las lágrimas fuesen un remedio para nuestros males, y si el que llora cesara siempre de sufrir, compraríamos las lágrimas á peso de oro; pero ahora, señor, nuestros males no hacen gran caso de nuestro llanto, y van por el mismo camino, lloremos ó no.

¿Qué ganamos pues llorando? nada; pero el dolor tiene su fruto, como los árboles: las lágrimas.»

En los certámenes dramáticos Filemon triunfaba con frecuencia de Menandro; pero el premio era concedido por jueces cuyas sentencias podian originarse de consideraciones literarias. Asegúrase que conociendo el mismo Menandro su superioridad, y habiéndose encontrado cara á cara con su rival, le dijo: «¿No te ruborizas cuando alcanzas sobre mí la victoria?» El consentimiento unánime de la antigüedad acabó por poner á los dos poetas en su respectivo lugar: á Menandro en el primero, y á Filemon en el segundo, pero á poca distancia del primero, y á mucha mayor altura que los demás poetas de la Comedia nueva. Estos eran hombres de talento, y nada mas, incluso los que los alejandrinos comprendieron en su cánón, esto es, en la lista de los clásicos.

CAPÍTULO XXXVII.

Dos filósofos poetas.

CARÁCTER DE LOS ESCRITORES ATENIENSES DEL SIGLO III ANTES DE JESUCRISTO.

—TIMON EL SILLÓGRAFO.—CLEANTO.

Carácter de los escritores atenienses del siglo III antes de Jesucristo.

Al desaparecer Atenas del mundo político, vió extinguirse en ella los últimos resplandores del genio literario que tanto habia brillado por espacio de mas de trescientos años. Conservó escuelas florecientes, tuvo maestros entendidos en todos los géneros, disertadores, glosadores, gramáticos y fi-

lósofos apreciables; y hasta la época de Proclo, no vió ya ningun poeta, ningun prosista mas ó menos acreditado. Desde el siglo III antes de nuestra era, parece que los filósofos de mas encontradas doctrinas, así Epicuro como Zenon, y los discípulos del Liceo y de la Academia, concuerdan sobre un punto: que se han de dejar á los sofistas las vanidades del estilo brillante y las estudiadas futilidades de la elocucion. Hasta los mas privilegiados se empeñan en escribir como si les horrorizaran los triunfos populares, y solo se dirigen á los adeptos de sus doctrinas. En lo que resta de Epicuro reina una oscuridad sibilina y casi impenetrable. Zenon, tan elocuente é ingenioso en sus discursos, era en sus libros árido, didáctico y sin gracia. Crisipo componia sus obras con absoluto desprecio de la forma, considerando perdido el tiempo que hubieran exigido la concepcion de un plan sistemático, la armoniosa distribucion de las partes del asunto, el redondeamiento de las frases, y hasta la correccion del estilo; y escribia en consecuencia. «No solo es preciso, decia, descuidar la cacofonía de las vocales, para pensar en lo que es mas grande y de mas importancia, sino que además conviene dejar pasar ciertos defectos y oscuridades, y cometer tambien solecismos de que otros se avergonzarian.» Convengamos en que si hay alguna razon en el fondo de esos preceptos, tambien hay paradojas un tanto extrañas, y en que la permission del solecismo es cosa cuando menos exorbitante. Arcesilao, jefe de la nueva Academia, tenia bastante talento para escribir obras maestras; mas no ambicionó esta gloria, y se contentó con hablar bien y dejar la memoria de sus excelentes dichos. A lo que parece, solo hubo dos hombres que anhelasen vivir

en la posteridad verdadera, y no en una secta mas ó menos duradera y famosa. Estos dos hombres, filósofo pirrónico el uno, y discípulo de Zenon el otro, son los últimos poetas de que puede alabarse la Atenas de los sucesores de Alejandro; y quizás uno de los dos fué el postrero de los grandes prosistas áticos.

Timon el Sillógrafo.

Timon el Sillógrafo era de Fliunto. Despues de estudiar filosofía en la escuela de Megara, pasó á la de Pirro, y mas adelante llegó á ser jefe de la escuela escéptica, por muerte de su maestro. Domicilióse en edad temprana en Atenas, de donde ya no salió, y en donde murió por los años de 260, á los noventa de edad. Escribió yambos, que probablemente eran sátiras filosóficas ó morales; pero la obra que le dió celebridad *era la de los Sillos*, en tres libros, la cual analizó Diógenes Laercio, citando numerosos pasajes. La palabra *sillo*, σῖλλος, significa *sarcasmo*.

Los *Sillos* de Timon no desmentian su título. El autor se burlaba desapiadadamente de todas las doctrinas que no eran la suya, y lo mismo trataba á las personas que las cosas. Sus sátiras estaban escritas en hexámetros; y de vez en cuando parodiaba, dirigiéndose á los filósofos, los versos mas célebres de los poetas antiguos. Los libros segundo y tercero de los *Sillos* estaban dialogados; pero en el primero atacaba Timon directamente, y en su propio nombre. Vamos á citar algunos juicios de este agudo y temible crítico. Dice de Platon: «A su cabeza iba el mas ancho (1) de todos ellos, un agradable hablador, rival por sus escritos de las

(1) Alusion al nombre de Platon, que significa *ancho*.

cigarras que entonan sus armoniosos cantos, posadas en los árboles de Hecademo.» Aquí se reconoce la comparacion de Homero al hablar de los ancianos que departen en las murallas de Troya. Dice de Sócrates: «De ellos descende aquel picapedrero, aquel argumentador legista, aquel encantador de Grecia, aquel sutil controversista, aquel bur-lon, aquel impostor pedante, aquel ático refinado.» Mófase de todo y de todos con una libertad de lenguaje semejante á la de los cómicos de la época de Aristófanés, y con aque-lla fuerza de imaginacion y soltura sin las cuales la sátira, especialmente la filosófica, decae y aburre por su frialdad. Conviene observar que no se ha de confundir á Timon el sillógrafo con Timon el misántropo, famoso por sus agudezas. Este florecia en Aténas mas de un siglo antes que el autor de los *Sillos*. Observemos tambien que Timon de Fliunto no era el primer poeta que manejase con éxito la crítica sarcástica de los filósofos y de las doctrinas. Menipo, natu-ral de Gadares en Fenicia, le habia dado el ejemplo. Este Me-nipo era un cínico de la escuela de Diógenes, que se burló mucho de Platon, Aristóteles y sus mas célebres contempo-ráneos, y logró que se leyesen sus escritos, donde se en-tremezclaban agradablemente la prosa y los versos. Nada queda de sus versos ni de su prosa; pero todavía se da el nombre de *Menipeas* á las sátiras, filosóficas ó no, cuyos au-tores pasan alternativamente, como hacia Menipo, del len-guaje comun á los metros de la poesía, y de los metros de la poesía al lenguaje comun. Por lo demás, Timon el silló-grafo dejó muy en zaga los ensayos del filósofo de Gadares, siendo un modelo inimitable en su género.

Cleanto.

Muy diferente fué el ingenio de Cleanto. Este nació en Asos de Eolia, por los años de 340, y era ya bastante co-nocido cuando Timon escribió los *Sillos* para figurar en esta curiosa galería de retratos: ¿Quién es ese ariete que recorre las filas, ese pesado ciudadano de Asos, ese gran-de hablador, ese mortero, esa masa inerte?» Este filósofo, de exterior tan poco ventajoso, tenia grande alma y brillan-te ingenio. Comenzó ejerciendo el oficio de atleta, y luego la pobreza le redujo á servir á los hortelanos de Aténas. Conoció á Zenon y se aficionó á la filosofía. Pasaba la no-che en los huertos, sacando agua de los pozos y regando las plantas; de dia iba á oír á Zenon y procuraba suplir con el estudio la falta de su educacion primaria. Fué jefe del Pórtico despues de Zenon, y vivió hasta la edad de ochenta años, ó segun algunos, de noventa y nueve.

Las obras en prosa compuestas por Cleanto serian nota-bles por los encantos del estilo: á lo menos el filósofo no se vedaba las imágenes vivas, las alegorías, los cuadros por el estilo de los de Platon y del primer Aristóteles. Así lo juzgamos en vista de la página que Ciceron le copió, en donde se ve á la Voluptuosidad sentada en un trono, y á las Virtudes reducidas á servirla, obedeciendo todos sus mandatos, sin mas quehacer, y arriesgándose todo lo mas á darla en voz baja algunos consejos: admirable resú-men del sistema moral de Epicureo, que manifiesta duramen-te sus errores y absurdos. Cleanto es un verdadero poeta, y esto no lo decimos fundados en meras conjeturas: el him-no en versos épicos dedicado á Júpiter, cuyo principio y fin

vamos á trascribir, es algo mas que un precioso monumento de la filosofia estóica : es la obra sublime de un poeta inspirado.

«Salud á tí, el mas glorioso de los inmortales, ser á quien se adora con mil nombres, Júpiter eternamente todopoderoso ; á tí, señor de la naturaleza ; á tí, que riges con ley todas las cosas ! El deber de todo mortal es dirigirte su plegaria ; pues de tí hemos nacido, y tú nos has dotado del don de la palabra, solo á nosotros entre todos los seres que viven y se arrastran por la tierra. A tí pues mis alabanzas ; á tí el eterno homenaje de mis cantos ! Ese mundo inmenso que gira en torno de la tierra, conforma á tu albedrío sus movimientos, y obedece sin murmurar tus órdenes. Es que tienes en tus invencibles manos el instrumento de tu voluntad, el rayo de doble punta acerada, el arma flamígera y siempre viva. Que todo en la naturaleza tiembla á sus resonantes golpes. Con ella regulas la accion de la razon universal que circula entre todos los seres, y se introduce así en las grandes como en las pequeñas lumbreras del mundo. Rey supremo del universo, tu imperio se extiende sobre todas las cosas. Nada se cumple sin tí en la tierra, dios benéfico, nada en el cielo etéreo y divino, nada en el mar ; nada, á no ser los crímenes que los malos cometen por su locura... Júpiter, autor de todos los bienes, dios que ocultan las sombrías nubes, señor del trueno, aparta á los hombres de su fatal ignorancia ; disipa las tinieblas de su alma ; oh padre nuestro ! y concédeles la gracia de comprender el pensamiento que te sirve para regir el mundo con justicia. Entonces te pagarémos en homenajes el precio de tus beneficios, celebrando de continuo tus obras, como

es el deber de todo mortal ; pues no hay mas noble prerogativa, así para los mortales como para los dioses, que cantar eternamente con dignos acentos la ley comun de todos los seres.»

CAPITULO XXXVIII.

Literatura alejandrina.

MUSEO DE ALEJANDRÍA.—CARÁCTER DE LA LITERATURA ALEJANDRINA.—LICOFRONTE.—CALÍMACO.—APOLONIO.—ERUDITOS ALEJANDRINOS.

Museo de Alejandria.

El siglo III antes de Jesucristo fué para la Grecia propiamente llamada una época de confusion y calamidades ; pero en torno de Grecia habia países conquistados por la civilizacion griega, en donde los hombres vivian en condiciones bastante favorables para poder dedicarse con fruto á los trabajos intelectuales y acrecentar un tanto la herencia de las generaciones antiguas. Merced al genio de Hieron II, la Sicilia disfrutaba de la mayor tranquilidad y renacia á la gloria. Algunos de los reinos formados de los desmembramientos del imperio de Alejandro estaban gobernados por príncipes amantes de las letras y las artes. Los Tolomeos particularmente se esforzaban por todos los medios en merecer bien del mundo sábio: atraian á Alejandria á los varones mas célebres, y asegurábanles una honrosa existencia ; reunian cuatrocientos mil volúmenes en el palacio del Bruquion y setenta mil en las dependencias del templo de Serápis ; fundaban el Museo, que era á la vez una academia y una como universidad, donde enseñaron Calimaco, Apo-

lonio, Zenodoto y tantos otros maestros distinguidos. Dice-se que Demetrio de Falero, expulsado de Atenas en 307, halló en Tolomeo Soter un digno protector, y pagó esta hospitalidad inspirando al rey la idea de un grandioso establecimiento literario, y consagrando sus propios desvelos á la organizacion del Museo.

Carácter de la literatura alejandrina.

Los escritores de Alejandría se ejercitaron en todos los géneros ; pero solo descollaron realmente en los que no encierran para nosotros ningun interés. Las obras que recomendarán eternamente la época de los primeros Tolomeos, son la traducción de los libros hebreos por los Setenta, las investigaciones cronológicas de Maneton, los trabajos de los críticos para depurar y comentar los textos antiguos, y los escritos de Euclides el géometra y otros sábios ; pero la literatura propiamente llamada vegetó tristemente en aquella atmósfera de ciencia y erudicion, y no produjo sino frutos sin sávia ni sabor. Con todo, hubo en Alejandría muchos poetas que alcanzaron fama de tales, y entre ellos siete cuyas tragedias eran apreciadas. Habia poetas cómicos, autores de dramas satíricos, poetas épicos, didácticos, líricos, elegíacos. Algunos se ejercitaron en todos los géneros, y casi todos fueron extraordinariamente fecundos. Los mas eran personas de imaginacion y talento, literatos instruidos, versificadores hábiles ; pero ninguno de ellos merece figurar en el número de los verdaderos poetas, y al juzgarlo así nos fundamos en lo que nos queda de los mas famosos, como Licofronte de Chalcis, Calímaco de Cirene y otros. Tal vez podríamos hacer una excepcion en favor de Filetas de Cos,

preceptor de Tolomeo Filadelfo. Los latinos alabaron sus elegías, y tiene sobre los demás la ventaja de que casi todos sus versos han perecido, por lo cual nos es imposible fiscalizar los juicios de sus admiradores.

Licofronte.

No sucede así con Licofronte. Tenemos de este supuesto trágico un poema entero que puede dar una idea suficiente de lo que era capaz de hacer como émulo de Sófocles ó Esquilo. Este último hizo hablar á Casandra, y Licofronte la presenta tambien en escena con el nombre de Alejandra: está sola en ella, no en persona, sino por un delegado, y este delegado pronuncia, tanto por ella como por sí, un discurso que no baja de mil cuatrocientos setenta y cuatro versos, y constituye todo el poema. Es una profecía sobre la ruina de Troya ; pero si todas las que oyeron los troyanos fueron por el mismo estilo que aquella, no es de extrañar que se cuidasen poco de comprender y creer. Parece que Licofronte se empeñó en ser ininteligible, no solo para el vulgo, sino para cuantos no conocian á fondo las tradiciones mitológicas, las genealogías de los héroes, la geografía de los tiempos antehistóricos, para cuantos en fin no tenían presentes en la memoria las invenciones de los poetas menos leidos : apellidos extraordinarios de lugares ó personas, epítetos una sola vez empleados, palabras sin otras análogas en la lengua, giros insólitos, extrañas formas gramaticales, arcaísmos de toda clase, y otras muchas cosas mas. En la *Alejandra* no hay casi ninguna frase que no entrañe varios enigmas, cien veces mas oscuros que los de la Esfinge ; y sin los comentarios antiguos, com-

pilados en la edad media por un tal Tzetzes, es dudoso que ningun moderno hubiese conseguido lo que á los diez y siete años consiguió José Escaligero, y lo que despues consiguieron, segun se dice, ciertos ingleses excéntricos: leer á Licofronte. Nosotros hemos leído los diez primeros versos, gracias á Tzetzes, y esto nos ha bastado y sobrado. Es probable que los sábios arqueólogos del Museo eran Edipos que adivinaban desde luego, y que no cabian en sí de satisfaccion á cada logogrifo, contentos á un tiempo de su ingenio y del del autor. Licofronte lo tenia, eso sí, y en punto á erudicion, nadie podia tildarle cosa alguna entre los familiares de Tolomeo Filadelfo; pero ¡qué ultraje al buen sentido y al buen gusto! qué aberracion mental! este sábio inventó el anagrama: gloria por cierto digna de él.

Lo que antecede se escribió é imprimió en 1850, esto es, tres años antes de que el Sr. Deheque publicara su obra sobre la *Alejandra*. Habíamos permanecido semanas y meses ante el libro en fólio de Potter, sin valor para pasar de la entrada en lo que Stace llama dédalo del oscuro Licofronte. El Sr. Deheque nos ha puesto en la mano el hilo de Ariadna; hoy dia bastan al lector francés algunas horas de paciencia y aplicacion para efectuar ese viaje antes tan difícil, segun confesion propia de los que lo verificaron. Nosotros lo hemos realizado, y damos las gracias al sábio helenista. Hemos admirado el arte con que el Sr. Deheque ha sabido hacer visibles las tinieblas de la *Alejandra*: su traduccion es tan clara como lo permitia el asunto, y su comentario lleno de erudicion, abundante y sóbria á la par, resuelve todas las dificultades. Apreciamos altamente los talentos del Sr. Deheque; pero hoy, como seis años atrás,

nos es imposible ver en Licofronte algo mas que un versificador. Versificador hábil, lo concedemos: conoce á fondo todos los secretos del oficio, imita perfectamente las formas de los mejores maestros, y sus yambos están bien contruidos, con arreglo á los mas severos preceptos; concedemos asimismo que la frase poética está artísticamente trabajada, y que la expresion nos trae á cada paso á la memoria una multitud de bellezas que Licofronte leyó como nosotros en Eurípides, Sófocles y Esquilo; pero mentiríamos si fuésemos mas léjos. El mismo Sr. Deheque no niega que sea una idea del todo absurda la de escribir una relacion de mas de mil cuatrocientos versos. ¡Si á lo menos fuese Casandra quien se dirigiera á nosotros directamente! Entonces pudiéramos en rigor prestarnos á la ficcion, salvo la observacion de que habla mucho tiempo, y en singularísimo estilo. Pero ni eso! la profetisa está léjos de los hombres, y un soldado es quien refiere á Príamo lo que ella ha dicho en la cárcel, bajo la inspiracion del dios tan bien apellidado Lóxias. ¿Y quieren saber VV. cómo habla ese soldado por su propia cuenta? Vean el principio del poema:

« Todo lo que deseas saber te lo diré con exactitud, desde la primera palabra (hasta la última). Si el relato se alarga, perdona, oh rey mio, pues la jóven profetisa no abrió ya con la calma de antes sus armoniosos labios, sino que proferia palabras confusas, incesantes, y de su boca, que mascaba laurel, salia una voz fatídica que recordaba la de la sombría Esfinge. Vas á oír, príncipe, lo que he conservado en mi pensamiento y mi memoria; y usando de tu sagacidad, podrás seguir la oscura huella de los enig-

mas y hallar la via recta por donde un paso acertado conduce á la verdad que está á la sombra. Por mi parte , habiendo desatado la cuerda del estadio , me lanzo hácia el limite como un ágil corredor (1) !»

Un sábio é ingenioso crítico observa que el soldado de Licofronte sabe el buen efecto de las imágenes en la poesía, y que ni aun Casandra practica mejor el arte de la metáfora y de la comparacion. Dice juiciosamente el mismo crítico que á lo menos hubiera debido notarse , al pasar del soldado á la profetisa , la diferencia del lenguaje militar y la palabra inspirada. Así , del plan imaginado por Licofronte habria resultado cierto contraste agradable entre la vulgaridad del personaje que refiere y las delicadezas de pensamiento y estilo de que abunda el relato.

El Sr. Deheque se halla conforme sobre ese punto y otros muchos , confesando además que algunas de las invenciones del poeta son insensatas , y particularmente la historia de la estancia de Hércules en el vientre de una ballena. En efecto ¿ hay algo mas grotescamente ridículo que lo siguiente ?

« ¡ Ay ! ¡ ay ! desdichada nodriza , entregada á las llamas , como en otro tiempo por la flota y el ejército del leon de las tres noches , que desapareció en la ancha boca del perro de Neptuno ! Allí , vivo , mientras despedazaba las entrañas del mónstruo , abrasado en el vientre de aquella marmita , sobre aquel hornillo sin fuego , vió caérsele la cabellera de la cabeza , él , matador de sus hijos , azote de su familia (2). »

(1) Licofronte , *Alejandra* , vers. 1 y sig.

(2) Id. , *id.* , vers. 31 y sig.

Tampoco defiende el Sr. Deheque las extravagancias del estilo de su autor , ni se muestra mas indulgente que nosotros con aquella tenaz oscuridad , con aquellos arcaísmos , con aquellos giros inusitados , con todo lo que siempre se ha reprobado á Licofronte. Cíñese gustoso al mérito científico del poema , por no decir del tratado , y cita las expresiones del docto Canter , quien afirma que la lectura de la *Alejandra* es de las mas útiles para las personas que quieren instruirse á fondo en una gran parte de la mitología y de la historia. ¡ Menguada gloria para un poeta , ó para un hombre que se da por tal , la de que digan de él que su poema presta servicios , que su poema es útil como un diccionario ! Ovidio , á lo menos cuando versificaba el calendario , no se olvidaba siempre de que habia escrito las *Metamorfosis*. El Sr. Deheque quisiera que se reconociese tambien en Licofronte algun indicio de verdadera poesía , y se oyese , segun su expresion , el *os magna sonaturum*. Miramos y escuchamos ; pero nada vemos , nada oimos. Y termina su *Introduccion* con esta frase:

« El poema de Licofronte es un verjel lleno de abrojos y espinas , donde hay para los que en él penetran algunas flores hermosas , algunos frutos sabrosos que coger , como en otro jardin de las Hespérides. »

Bachmann , uno de los editores de Licofronte , habia dicho lo mismo en unos versos latinos bastante lindos. El señor Rigault , crítico á quien hemos citado al hablar de las metáforas del soldado , parece que opina como Bachmann y el Sr. Deheque , y hasta transcribe el fragmento como un pasaje verdaderamente claro , en el que la alusion no es nada violenta y la alegoría no carece de transparencia:

«Hé aquí, pobre corazón mio, hé aquí lo que te afligirá como la mayor desgracia: será cuando el águila de trémulas alas, de negro plumaje, de garras belicosas, imprima en la tierra la señal de sus alas, carril abierto por una carrera circular, como un boyero traza un ancho surco; cuando lanzando un grito de triunfo, solitario y terrible, después de llevarse entre las garras á mi hermano mas querido, al vástago, al hijo de Apolo, le desgarré con sus uñas, con su pico, y manche con su sangre el llano y los prados que le vieron nacer. Después de recibir el precio del toro degollado, que él pesará en el exacto platillo de una balanza, habiendo pagado á su vez un rescate igual, una brillante barra del Pactolo, desaparecerá en la urna funeraria, llorado por las ninfas que aman las aguas del Belfiro y la cumbre del Libetro que domina á Pimplea; él, vendedor de cadáveres, que temeroso de la muerte no se avergonzará de ponerse un vestido de mujer, meneando junto á un telar la ruidosa lanzadera; que pasará el último á la playa enemiga, y qué, oh hermano mio, tenia miedo de tu lanza, aun soñando (1).»

Dice el Sr. Rigault refiriéndose á ese pasaje: «No se necesita un grande esfuerzo de inteligencia para adivinar de qué personajes se trata. Las imágenes no carecen de grandeza ni exactitud, y la expresion es brillante sin sobra de afectacion.» No negamos que el autor de la *Alejandra* diese aquí pruebas de imaginación á su manera, y renunciámos á disputarle ninguna de las calidades de grandeza, exactitud, etc., que el crítico se digna admirar en el fragmento. Solo decimos que después de leerlo hemos investi-

(1) Licofronte, *Alejandra*, vers. 258 y sig.

gado de qué personajes se trata, y nos hemos quedado á oscuras. Necesítase pues mas esfuerzo de inteligencia de lo que dice el Sr. Rigault para comprender eso. Por las notas del Sr. Deheque, y solo por ellas, hemos visto que se trata de Hector y Aquiles. Tenemos pues que el pasaje mas claro de Licofronte es ininteligible sin comentario! Júzuese de los demás.

Calimaco.

Calimaco era un escritor de erudicion tan vasta como la del mismo Licofronte. Compuso un sinnúmero de obras didácticas en prosa y poemas de todos los géneros conocidos. Los contemporáneos admiraban particularmente sus elegías, y no hallaban inconveniente alguno en ponerle en primer lugar entre los poetas que habian manejado el ritmo de Calino y Tirteo. Pocos son los fragmentos que de sus tan decantadas elegías poseemos; pero Cátulo tradujo la mas famosa, y con gran fidelidad, como se ve al comparar el latin con los versos que restan del original. Es la *Cabellera de Berenice*. A pesar de la aprobacion de Cátulo, y á pesar del entusiasmo de algunos comentadores, para nosotros la elegía es detestable. En ella no hay sentimiento ni calor; hay ingenio sin duda, pero no es mas que ingenio. Calimaco afecta los nombres extraordinarios, y en la traducción se hallan algunos tan extraños como los que abundan en la *Alejandra*. Nadie sabe aun lo que son los peñascos Latmienes; necesitanse hombres como Tzetzes para explicarnos lo que el poeta quiere decir cuando habla de la progenitura de Tia, Cefiritis, etc.; y es grande nuestra extrañeza al saber que se trata sencillamente del Sol, ó de Vénus, ó de otra cosa no menos conocida. La Cabellera, que sabe la historia

y la geografía como un profesor del Museo, recuerda que los medos atravesaron con el hierro el monte Athos, y luego exclama: «¿Qué harán los cabellos, cuando tales moles ceden al hierro? En seguida profiere una imprecación contra los Calíbes, esto es, contra los inventores del hierro, también con motivo de las tijeras que la cortaron de la cabeza de Berenice. Muy difícil es llevar más lejos el olvido del buen sentido y del buen gusto; solo Licofronte fuera capaz de ello.

Los *Epigramas* de Calímaco suelen adolecer de una oscuridad impenetrable, á causa de los mismos defectos; algunos empero son bastante legibles y no carecen de gracia, como por ejemplo el en que Calímaco representa á Pitaco aconsejando á un joven sobre el matrimonio, y exhortándole á elegir para esposa á una mujer de condición igual, y no superior á la suya.

Los *Himnos* de este autor no tienen el mérito de sus *Epigramas*. Cleanto invocaba con el nombre de Júpiter al verdadero dios del mundo y de la humanidad, expresando ideas, doctrinas, y exhalando acentos que salían de lo íntimo de su alma; Calímaco vuelve friamente á los temas mitológicos, y refiere, sin creerlas, las aventuras de Júpiter, Ceres ó Apolo. Lo que hacían los homéridas con ingenua piedad, lo hace él para probar que ningún talento poético le es extraño, y para ostentar ante los aficionados toda la erudición de que solo había dado incompletas muestras en otras producciones. Los seis poemas pseudo-religiosos que nos quedan de Calímaco son poco más que una acumulación de mitos poco conocidos, de nombres y epítetos menos conocidos aun; y á pesar de ciertos pasajes brillantes, co-

mo la relación del suplicio de Ericicton, distan tanto como la *Alejandra* de pertenecer á la verdadera poesía. Calímaco es un Licofronte templado: es, si se quiere, el primer versificador; pero también es el penúltimo poeta, á lo menos á los ojos de quienes se han tomado el trabajo de comentarle ó traducirle.

Apolonio.

Había entre los discípulos de Calímaco un joven de Alejandría, por nombre Apolonio, que nació con felicísimas disposiciones; de suerte que á los veinte años publicó un poema épico sobre la expedición de los argonautas. El éxito de esta obra excitó la envidia de su maestro. No se contentó Calímaco con criticar á Apolonio de palabra: escribió contra él una sátira de las más sangrientas, y esforzóse en perderle en el ánimo del monarca. Apolonio cedió á la tempestad: ausentóse de su país y trasladóse á Rodas, donde enseñó retórica y gramática, y donde obtuvo el derecho de ciudadanía. Por eso se le da comunmente el nombre de Apolonio de Rodas. Allí corrigió su poema y lo dejó en el estado en que lo poseemos. Esta segunda edición tuvo un éxito aun más brillante que la primera. Apolonio pudo regresar á Alejandría, en cuya capital llegó á ser un personaje de distinción. Verdad es que había muerto Calímaco, y que el viejo poeta ya no podía rebajar el mérito de su antiguo discípulo. Apolonio vivió hasta la edad de noventa años, y falleció en los primeros del siglo II. Dícese que su cadáver fué depositado en el sepulcro donde yacía Calímaco. El polvo de estos dos hombres, tan hostiles uno á otro durante su vida, se reanimaría cuando les reunieron de tal suerte en una misma sepultura.

Las *Argonáuticas* son la obra maestra de la literatura alejandrina. Apolonio escribe á lo menos para simples mortales, poco mas ó menos. Abusa poco de su erudicion mitológica; hace agradables relatos, y halla á veces imágenes bastante felices; pero carece de vida y nervio. En suma, su poema pertenece al género empalagoso. No tiene mas que cuatro cantos; pero su elegancia algo sosa pronto da náuseas, sobre todo si se acaba de leer la cuarta *Pítica* de Píndaro ó la *Medea* de Eurípides. Apolonio comete la falta de querer competir á cada paso con los primeros poetas, y de provocar enojosas comparaciones: así es que á cada momento está uno para tirar su libro, y abrir los que respiran sentimiento, pasión y genio.

Hemos visto lo que fueron los corifeos de la poesía alejandrina. ¿Qué podríamos decir pues de los poetas que les siguieron, de aquellos hombres que nunca fueron conocidos fuera de Alejandría, ó cuyos nombres apenas se ha dignado conservar la posteridad? Es probable que no hallaríamos muchas cosas que admirar en los poemas de Filisco, Sositeo, Sosífanos ú Homero el Joven.

Eruditos alejandrinos.

Con razón se trata severamente á los que se equivocan sobre la índole de su talento, y aspiran, á despecho de Minerva, á triunfos para los cuales no nacieron; pero cuando esos falsos poetas no han sido solamente hombres infatuados de sí mismos; cuando han ocupado honrosamente su vida y compensado con trabajos útiles los errores de su amor propio, hemos de compadecerles por haber perdido un tiempo precioso midiendo sílabas y alineando malos

versos; hemos de recordar los servicios que han prestado, y hablar menos duramente de sus ridiculeces. Sin embargo ¿no debemos considerarles inferiores á los hombres que han tenido bastante cordura para resignarse á no ser mas que eruditos, literatos, gramáticos, sábios, maestros de la juventud? Bien, muy bien hicieron los antiguos al distinguir los nombres de algunos de estos últimos, y al concederles una parte de gloria. No merecen menos Zenodoto de Efeso, fundador de la crítica de los textos, Aristófanes de Bizancio y Aristarco, cuyo nombre ha quedado por sinónimo desde hace veinte siglos, de buen sentido, de buen gusto, de claro y sólido entendimiento. Debemos muchísimo á estos tres hombres, y aunque solo nos hubiesen dado un Homero puro y correcto, también tendrían derechos á un vivo agradecimiento; pero la revisión de las poesías homéricas y la interpretación de aquellos inmortales versos son una parte muy reducida de sus trabajos, pues restauraron los textos de todos los clásicos antiguos, y no es culpa suya si no tenemos á Sófocles, ó Esquilo, ó Eurípides, ó Aristófanes, ó bien Eupólis y Menandro, tan completos, tan conformes como tenemos todavía á Platon y Homero.